

# Del cuerpo utópico al sujeto ético

*María Inés García Canal\**

## *Resumen*

En este artículo se hace una nueva lectura en relación con los procesos de subjetivación desde la perspectiva de Foucault y las cuatro tecnologías que plantea en los procesos de transformación del ser humano en sujeto a partir de la modernidad occidental, con el objetivo de responder a la pregunta sobre quiénes somos hoy, en este momento histórico.

*Palabras clave:* sujeto de deseo, sujeto político, sujeto ético, cuerpo, tecnologías disciplinarias, modernidad.

## *Abstract*

This paper presents a new reading about the processes of subjectivity from the perspective of Foucault's four technologies of transformation processes of human being in subject from Western modernity, in order to respond the question of who we are today, at this historic moment.

*Key words:* subject of desire, political subject, ethical subject, body, disciplinary technologies, modernity

\* Profesora-investigadora, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

Este texto busca reflexionar alrededor de la noción de sujeto, noción que atraviesa el pensamiento occidental a partir de la modernidad y que ha perdido eficacia por un uso cada vez más ambiguo y amplio; confundida y asimilada a ser humano, a hombre en su sentido más genérico; a persona con todas sus cualidades y atributos físicos, psíquicos, y también, por qué no, espirituales, intelectuales o mentales; con o sin voluntad; con capacidad de decisión o sin ella; con conciencia o bien en su misma inconsciencia.

Retomaré las reflexiones de Michel Foucault, quien en 1982 asombró a sus lectores y escuchas con una declaración que no permitía la duda: “No es el poder, sino el sujeto, lo que constituye el tema general de mis investigaciones” (1982:223). Y a partir de ella, es posible afirmar que su pensamiento sigue inscribiéndose en el presente, continúa siendo actual. Michel Foucault obligó, y sigue obligando todavía –más de 30 años después de su muerte–, a vivir la lectura de su vasta obra como una experiencia, en su sentido más pleno: “una experiencia es aquello de lo cual uno mismo sale transformado” (1980:41).

La lectura de la obra de Foucault fue –y continúa siendo– toda una empresa: por la manera, a cuenta gotas, en que los lectores hemos recibido su inmenso y erudito trabajo de reflexión; y por su sorprendente e impecable trabajo crítico-metodológico que atraviesa transversalmente su reflexión histórica y filosófica, sus “precauciones de método”: una manera crítica de pensar y desarticular el pensamiento occidental moderno.

Después de su muerte, en 1984, aparecieron los dos últimos tomos de la *Historia de la sexualidad* (1984a/b), y con ellos fue posible delimitar sus tres grandes campos de reflexión: el saber, los enunciados y la producción de la verdad; el poder, las relaciones de fuerza y la guerra que lo vuelve inteligible y pensable; y, finalmente, los procesos de subjetivación, el trabajo del sujeto sobre sí mismo hacia la conformación –siempre inacabada– de un sujeto del deseo, un sujeto político y un sujeto ético. Tres campos en constante e insoslayable interrelación que hacen posible pensar la emergencia de un sujeto activo, de un sujeto ético-político y, a la vez, sujeto del deseo; más allá

de, y conjuntamente con las formas pasivas de constitución por medio de técnicas de exclusión y sometimiento producidas por la tecnología disciplinaria, que emergieron con fuerza a partir de sus reflexiones en *Vigilar y castigar* (1975).

Este último enfoque en su reflexión exigió una relectura de su trabajo previo, de la cual emergieron los campos del saber y del poder teñidos por nuevas tonalidades: un saber iluminado por la búsqueda de la verdad hacia la constitución de un sujeto del conocimiento; y un poder atravesado por tecnologías políticas, por la *gubernamentalidad*, las artes del gobierno, haciendo posible la reflexión alrededor de un sujeto jurídico, ético y político.

En 1994, la Editorial Gallimard emprende la publicación de los cuatro tomos que conforman *Dits et Écrits* (1994) todo lo dicho y escrito por el filósofo más allá de sus libros publicados. Trescientos sesenta y cuatro textos que se abren con la *Introducción al sueño y la existencia de Binswanger* (1954), y se cierran con su conferencia, pronunciada en la Universidad de Vermont en 1982, *La tecnología política de los individuos* (1988). Este inmenso material, organizado cronológicamente, permite acercarse, de manera próxima y personal, a la elaboración de sus tesis, a sus preocupaciones en relación a su propio trabajo, a sus tomas de posición —éticas y políticas—, asumidas y sostenidas ante acontecimientos del presente y de su actualidad, y a sus reflexiones críticas alrededor de la función del intelectual.

En 1997, y aún hasta la fecha, las editoriales Gallimard y Le Seuil emprendieron la tarea conjunta de edición de los cursos que Foucault realizó en tanto profesor del Collège de France desde 1971 a 1984, y que estaba obligado, por la institución, a impartir una vez al año. Su lectura posibilita adentrarse en el laboratorio de su trabajo reflexivo en el momento mismo de su producción: en sus idas y vueltas; en sus avances y retrocesos; en los cambios y giros producidos; en la elaboración de una crítica implacable al trabajo ya realizado. Permite también acercarse a la explicación detallada de las razones y motivos de sus elecciones o rechazos teóricos; y hace posible observar la elaboración y organización de cuantiosos archivos históricos de los que echa mano para pensar; archivos imprescindibles en su trabajo de elaboración teórica y en su esfuerzo por alcanzar una conceptualización,

la cual –según lo hace explícito– “no debe fundarse en una teoría del objeto: el objeto conceptualizado no es el único criterio válido”. Es necesario –afirma– conocer las condiciones históricas que motivan un tipo dado de conceptualización, para lo cual se hace imprescindible la conformación de archivos de las prácticas concretas, que harán posible tener una conciencia histórica de la situación en que vivimos (1984a:223-224).

En función de esta confrontación constante con los archivos, sus tesis se ven sometidas a continuos desplazamientos: cada tesis elaborada es sometida a su propia crítica, severa y erudita; y, a partir de esta actitud crítica, emergerá una nueva tesis que, sin dejar de lado las anteriores, las desplaza para que adquieran un nuevo sentido y alcancen nuevas dimensiones. Sus vías metodológicas se desplazan continuamente:

Cuando comienzo a escribir un libro, no sólo no sé exactamente que pensaré cuando termine de escribirlo, sino que no sé con mucha claridad cuál será el método que emplearé. Cada uno de mis libros es una manera de recortar un objeto y de forjar un método de análisis. Frente al libro concluido, puedo, por una suerte de mirada retrospectiva, extraer de la experiencia que he realizado una reflexión metodológica que recorta el método que el libro habría debido seguir (1980:42).

No es posible olvidar que todas y cada una de sus tesis fueron elaboradas a partir del análisis de las formas de funcionamiento de prácticas históricas; de ahí el carácter imprescindible que asume el archivo en su trabajo filosófico, lo que posibilitó que dejara de lado un conjunto de conceptos universales –en la medida de lo posible– para ir en búsqueda de regularidades, quiebres y discontinuidades en las “canteras mismas de la historia”. Toda conceptualización elaborada tuvo que pasar por la inteligibilidad de las prácticas, siempre localizadas en un espacio y en un tiempo dado. No hay reflexión teórica posible –para Foucault– sin el archivo de esas prácticas y el análisis de sus formas de funcionamiento. “Un esfuerzo por explicar por qué y cómo esos sistemas han nacido en tal época, en tal país, para responder a tales necesidades”, lo que le permite afirmar sin la menor duda: “No hablo jamás de sociedades que no tendrían ni calendario ni geografía” (1980:90)

El punto de arranque de toda su reflexión –marcada por el tiempo histórico– no pudo ser otro que el presente y la actualidad. Es este su suelo de arraigo por siempre incierto, atravesado por la inquietud, sacudido por la inestabilidad e inscrito en la incertidumbre y la extrañeza. Problematización del presente y de la actualidad, que surge en la pregunta: “¿Quiénes somos nosotros en este momento histórico?”, y la respuesta sólo podrá darse si se hacen emerger las distancias y diferencias de ese presente con las prácticas del pasado.

La actualidad y el presente han de ser diagnosticados, y para ello no puede prescindir del archivo de las prácticas en el pasado; pero, al mismo tiempo, el archivo sólo adquiere sentido si es capaz de responder a los estremecimientos y sacudidas del presente, a la inquietud que provocan las preguntas sobre el tiempo en que vivimos, ese que es el nuestro, en el que gozamos y sufrimos y que “nos surca de arrugas”: el tiempo de nuestra experiencia.

La preocupación por el presente lo conduce al análisis de las prácticas concretas del pasado a fin de diagnosticar la actualidad; y ello desde una mirada *arqueológica* que intenta mostrar las condiciones históricas de posibilidad de los discursos –cómo las prácticas históricas pueden dar lugar a tipos definidos de discursos. Y desde una mirada genealógica –acoplamiento de conocimientos eruditos y memorias locales que hacen posible la constitución de un saber histórico de las luchas y la utilización de ese saber en las tácticas actuales (1982:22).

Su preocupación por la actualidad lo inscribe en una de las líneas abiertas por Kant, en:

[...] un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad; es la forma –afirmará– de una filosofía que de Hegel a la Escuela de Frankfurt pasando por Nietzsche y Max Weber ha fundado una manera de reflexión en la cual he intentado trabajar (1984c:568).

## No es el poder es el sujeto

El sujeto fue su preocupación desde el inicio mismo de su trabajo reflexivo, si bien desde una mirada crítica y una puesta en cuestión de la categoría “sujeto” de la filosofía occidental, de su supremacía y su función fundadora.

Replantear la cuestión del sujeto consistió en centrar su trabajo en el análisis de los diferentes modos de subjetivación del ser humano al interior de nuestra cultura: las maneras en que el ser humano se constituye en sujeto, para lo cual encontrará cuatro vías, cuatro modos de objetivación del ser humano que hacen posible y permiten su transformación en sujeto.

En primer lugar, objetivación del ser humano por medio de *prácticas divisorias*, que lo transforman en sujeto –de manera indirecta– por la exclusión de otros, como los criminales o los locos. Emergencia, entonces, de sujetos racionales y sujetos psicológicos, como efecto y resultado de las escisiones producidas por dichas prácticas entre sujetos normales y sujetos patológicos.

Objetivación del ser humano, a su vez, por el discurso de las ciencias, en que al hacer de él un objeto de estudio y conocimiento, lo constituye en sujeto que vive, en sujeto que habla y en sujeto que trabaja. Sujeto biológico, sujeto de la palabra y sujeto económico.

Constitución también, de manera directa, del ser humano en sujeto, por medio de ciertas técnicas éticas de sí que han existido desde la Antigüedad hasta nuestros días, cuyo efecto es la emergencia de sujetos éticos y sujetos del deseo.

Y, finalmente, constitución del ser humano en sujeto por el simple hecho de formar parte de un colectivo, de una población; las maneras en que, por medio de ciertas tecnologías políticas, los individuos han sido conducidos a reconocerse en tanto parte de una sociedad, en tanto elemento de una entidad social, de una Nación o de un Estado. De ahí la emergencia de sujetos jurídicos y políticos.

La cuestión del sujeto y sus formas de constitución se instauran, entonces, en el eje mismo de su trabajo y de su reflexión. Los seres humanos

[...] no han cesado nunca de construirse a sí mismos; de desplazar continuamente su subjetividad, de constituirse en una serie infinita y múltiple de subjetividades diferentes que no tendrán fin jamás (1980:76).

Mi propuesta es realizar un pasaje –rápido y puntual– por esas cuatro tecnologías que condujeron a la conformación del sujeto moderno, superpuestas entre sí, sin guardar un orden estricto ni lógico ni cronológico; en algunos momentos se dan conjuntamente, en otros es posible determinar los lapsos que las separan en sus ejercicios; unas propician e incentivan la aparición de las otras, reforzándose entre sí. Imposible distinguirlas, ya que se superponen y encabalgan unas a las otras. En ciertos momentos, las prácticas divisorias incentivaron y exigieron el trabajo de la ciencia y la producción de conocimientos; al mismo tiempo que ciertos discursos científicos prescribieron a los sujetos modos de comportamiento y los comprometieron en la realización de un trabajo ético sobre sí mismos, para llegar a configurarse en otros de lo que eran, inmersos en un nuevo tipo de experiencia.

Y tras los avatares de este erudito trabajo de reflexión, el intento de Foucault por responder a la acuciente pregunta ¿quiénes somos nosotros, hoy, en este momento histórico?

Al deslizarnos por estas vías abiertas en la modernidad, vías de las cuales el sujeto emerge como efecto y resultado, lo primero que hace irrupción, que se impone al análisis y a la reflexión es el cuerpo –la singularidad somática– transformado en objeto privilegiado del saber; en blanco directo del ejercicio del poder en su doble perspectiva –individual y colectiva–; y en foco de atención del trabajo que realiza el sujeto sobre sí mismo.

El proceso de subjetivación –la transformación del ser humano en sujeto– sólo fue posible por este conjunto de técnicas que propiciaron una captura exhaustiva de los cuerpos, con el fin subjetivizarlos. Cuerpos sometidos a intensos procesos de observación, conocimiento y re-conocimiento; de control y vigilancia, no sólo de parte de los otros, sino también de sí mismo, a fin de ser nominados, conocidos, separados, divididos. Este sujeto conformado en “las canteras mismas” de la historia nace dividido: no sólo separado de otros, sino también dividido en su sí mismo. Vivencia y experiencia de la escisión –jamás

resuelta— entre el cuerpo, su singularidad somática, y el sí mismo. Relación difícil, cargada de fantasmas, ilusiones y producciones imaginarias.

### La materialidad del cuerpo. Utopía e historia

En 1966, Foucault pronuncia una conferencia radiofónica emitida por *France-Culture*, donde, y con la fuerza de una palabra cargada de poesía, pone en evidencia los intrincados vínculos, las tensas relaciones entre el cuerpo y el sí mismo: su agobiante cercanía, su desesperada distancia. Estos tensos vínculos preconizan la producción insistente de utopías: aquellas que buscan apaciguar la extrema y sofocante cercanía; o que, a su vez, intentan cercar las distancias y violentar los desencuentros. Al cuerpo no le resta otra alternativa que transformarse en actor protagónico de todas y cada una de esas producciones fantasmáticas. Utopías por siempre fallidas; en ellas siempre algo falta, siempre algo excede, cual un fantasma que ronda.

Por un lado, un cuerpo insoportablemente cercano: lugar al que el ser humano está condenado, sin escape alguno. Para fantasear la huida, surgen las utopías: el sueño de un cuerpo incorpóreo, de un cuerpo sin cuerpo que sería bello, límpido, transparente, veloz; utopías también de un cuerpo negado, transfigurado, vuelto eterno y sin vida como las momias de la “ciudad de los muertos” de la Antigüedad, en que el cuerpo deviene “sólido como una cosa, eterno como un dios”. También, para huir del cuerpo, surgió el gran mito elaborado desde el fondo mismo de la cultura occidental, la utopía del alma. Alma que será eterna, siempre fresca, rebosante de luz y de esplendor, liberada de la prisión del cuerpo, destinado a la destrucción.

Por otro lado, un cuerpo lejano, éxtimo y extranjero a sí mismo, sin alcance posible: bien visible y, a su vez, se oculta, como la espalda o la nuca. “El cuerpo fantasma que no aparece más que en el espejismo del espejo y sólo fragmentariamente”: es doble y fantasmal; opaco y transparente; visible e invisible; es vida y también cosa. El cuerpo se transforma, así, en el actor protagonista de todas las utopías: se lo cubre de máscaras, se lo decora con maquillajes, se lo tatúa con escrituras

indelebles; se lo instala irremediamente en un fragmento del espacio imaginario. El cuerpo, ese pequeño fragmento de espacio, se ubica más allá del mundo para organizarlo a su alrededor, ya que “es con relación a él, como si fuese un soberano, que hay un arriba y un abajo; una derecha y una izquierda; un cerca y un lejos, un adelante y un atrás”. El cuerpo es el punto cero del mundo, no está en ninguna parte, está en el corazón del mundo, “pequeño núcleo utópico a partir del cual sueño, hablo, avanzo, percibo...”.

Si bien el cuerpo se instaura en centro del mundo, solo sé que “tengo un cuerpo” cuando el espejo, al reunir los fragmentos dispersos, me devuelve una imagen única, un todo; como sucede a los niños al transitar por el estadio del espejo; o bien, tal como lo expresa Homero en su poesía, en que la palabra griega que se refiere al cuerpo designa, en definitiva, a un cuerpo muerto, a un cadáver. Y es gracias a esas imágenes —el espejo y el cadáver— que el cuerpo es algo más que pura y simple utopía. Sin embargo, esas imágenes se volatilizan a cada instante, asumen el rasgo del fantasma; dado que el lugar que ofrecen, tanto el espejo como el cadáver, es inaccesible: jamás estamos ni en el espejo ni en el cadáver.

Esta tensa y, por momentos, insostenible relación entre el cuerpo y el sí mismo nos ubica en el punto de partida de todo proceso de subjetivación. Impensable devenir sujeto sin la presencia inexorable del cuerpo.

Captura exhaustiva del cuerpo por el ejercicio del poder que utiliza las técnicas disciplinarias con el fin de subjetivarlo: captura de sus gestos; de su tiempo; de sus comportamientos; de sus decires y actos, echando mano de la escritura como su instrumento privilegiado.

Los cuerpos —lo que hacen, lo que dicen— son cercados, a fines del siglo XVII, por un tejido escritural, una especie de plasma gráfico que los registra, los codifica, los esquematiza; y ya, en el siglo XVIII, se cerrará el cerco que la escritura impone a los cuerpos (2003:69-71). Cuerpo escrito y vuelto a escribir, una y otra y otra vez, cual palimpsesto, en que la historia dejará su marca, inscribirá su huella. En él, en el cuerpo, es posible leer la historia, tal como afirma Foucault en su texto *Nietzsche, la genealogía, la historia*:

[...] la procedencia se enraíza en el cuerpo. Se inscribe en el sistema nervioso, en el aparato digestivo [...] es el cuerpo quien soporta, en su vida y en su muerte, en su fuerza y en su debilidad, la sanción de toda verdad o error [...] sobre el cuerpo, se encuentra el estigma de los sucesos pasados, de él nacen los deseos, los desfallecimientos y errores; en él se entrelazan y de pronto se expresan, pero también en él se desatan, entran en lucha, se borran unos a otros y continúan su inagotable conflicto.

El cuerpo: superficie de inscripción de los sucesos [...] lugar de disociación del Yo [...] volumen en perpetuo derrumbamiento [...] La genealogía [...] se encuentra en la articulación del cuerpo y de la historia. Debe mostrar al cuerpo impregnado de historia, y a la historia como destructora del cuerpo (1971b:142-143).

El cuerpo, entonces, carga la historia, no hay suceso que no deje su marca, su huella, es sobre el cuerpo que se ensañan, juegan y prosperan los procesos indirectos de subjetivación.

### Las prácticas divisorias

Procesos indirectos por medio de los cuales el ser humano deviene sujeto, ya que son las prácticas divisorias las que preconizan e implantan la distinción, nominación, separación y exclusión de otros cuerpos signados por la diferencia: invención de la otredad, que antes de ser palabra o concepto, emergió como un gesto, el gesto indicativo de rechazo, afectado por el miedo, sentimiento que promueve y solicita la separación y exclusión de aquellos señalados y reconocidos como diferentes. Gesto de lo Mismo que produce e inventa al Otro –una y otra vez–, al realizar el corte que divide y separa; y, como en todo gesto, late en él una manera compartida de percibir, pensar e imaginar la otredad en oposición a sí mismo; atravesado, a su vez, por afectos y afecciones que el gesto, en su simpleza, no hace más que resumir y materializar. Es este gesto de lo Mismo el que produjo –y sigue produciendo– la otredad, al trazar la línea divisoria que proclama y exige la separación.

Michel Foucault brinda, ya desde la *Historia de la locura*, los hilos imprescindibles para seguir el recorrido histórico de ese gesto que lentamente adquirió peso y forma discursiva hasta constituirse en conciencia analítica, objeto de la ciencia psiquiátrica y que supo investir al loco en figura emblemática de la otredad.

El loco será, entonces, el otro por relación a los demás: el otro —en el sentido de la excepción— entre los otros —en el sentido de lo universal— (1961:284-285). La locura sólo podrá tener existencia por su relación “trágica” con la razón: es diferencia inmediata, evidencia irrecusable y ausencia de razón; de una razón tomada como norma y definida como sujeto de conocimiento, que reconoce de manera inmediata la negatividad de la locura; diferencia imprescindible desde la cual la razón se afirma y re-afirma: ya que teniendo “conciencia de la locura se vuelve segura de sí misma, es decir, de no estar loca” (1961:259).

La marca de la otredad se lleva impresa en el cuerpo y relata una historia: se expresa en el rostro; en la mirada extraviada y perdida; en la palabra atropellada; en los comportamientos bizarros y también aviesos; tomará pronto cuerpo en el cuerpo del loco, del criminal, del delincuente; arrastrará, a su vez, el peso morbosos de un pasado desviado que se carga inexorablemente en el cuerpo y sus vísceras como herencia y degeneración.

Las técnicas divisorias han realizado pacientemente su trabajo de observación minuciosa, detallada, de atención extrema y puntual en su labor cuerpo a cuerpo con los cuerpos. Tecnología *disciplinaria*, nominada así por Foucault, que produce con eficacia la diferenciación, especializa la mirada al buscar obsesivamente cualquier desviación de las normas implantadas como verdad; y, al mismo tiempo, trabajará también en detalle y con sigilo para que los cuerpos no se desvíen del modelo propuesto: una manipulación calculada de sus elementos, de sus gestos, de su tiempo y sus ritmos, de sus comportamientos.

Estos cuerpos —que siguen la dirección de las normas— se constituirán en “cuerpos dóciles” (1975:139-174), resultado de técnicas minuciosas con frecuencias ínfimas: un verdadero arte del cuerpo que no cesó de invadir dominios cada vez más amplios desde fines del siglo XVII. El sistema produce, entonces, “cuerpos dóciles”, cuerpos que importan (Butler, 2002) y, al mismo tiempo, permite hacer emerger,

inevitablemente, un residuo inclasificable, inasimilable: el individuo peligroso, los cuerpos abyectos.

El sujeto emerge como efecto mismo de las tecnologías de poder; no podrá advenir más que en su relación con el poder; las prácticas divisorias, dirigidas directamente a los cuerpos, implantarán la distinción, nominación, separación y aun la exclusión de aquellos marcados por la diferencia. Serán las relaciones disimétricas de poder las que modelarán su forma y le impondrán límites a su acción. Sin olvidar, ni por un instante que: dado el límite, se abre de manera inmediata el campo de su franqueamiento posible.

El sistema disciplinario está hecho para funcionar por sí solo, de tal manera que hay lugares y funciones que podrán ser ocupados por un individuo o bien por otro, lo que hace posible que la “función sujeto” se ajuste exactamente a la singularidad somática:

[...] el cuerpo, sus gestos, su lugar, sus desplazamientos, su fuerza, el tiempo de su vida, sus discursos, sobre todo eso se aplica y se ejerce la función sujeto [...] La disciplina es la técnica de poder por la cual la función sujeto se superpone y se ajusta exactamente a la singularidad somática [...] Fabrica cuerpos-sujetos [...] el individuo no es otra cosa que el cuerpo sujeto [proyectando] por detrás de la singularidad somática, como su prolongación o su comienzo, un núcleo de virtualidades [que tomará el nombre de psiquis] (2003:77).

Los cuerpos fueron *subjetivizados* –la función sujeto se fijó en el cuerpo–, fueron *psicologizados* –núcleo de virtualidades que aparece como prolongación o comienzo de los cuerpos– y *normalizados* –a fin de constituirlos en cuerpos dóciles. Es a partir de esta constitución que se vuelve posible emitir discursos y fundar ciencias.

## El discurso de las ciencias y los procesos de subjetivación

El discurso de las ciencias en el siglo XIX, al hacer del ser humano un objeto de conocimiento, lo constituyó en sujeto que vive, que habla y que trabaja, lo obligó a una nueva experiencia de sí y del mundo en

que vive. “¿Existirán experiencias –se pregunta Foucault en 1980– en las que el sujeto pueda disociarse, romper la relación consigo mismo, perder su identidad?”. Este tipo de experiencias jamás podrán ser hechas en solitario, ya que escapan a la “pura interioridad”, si bien la atraviesa y cruza. Existen experiencias colectivas de un tipo tal que no sólo autorizan sino que exigen la alteración, la transformación de la relación que el sujeto mantiene consigo mismo, con el mundo en que vive y con el saber y el discurso de las ciencias que imperan en un momento dado.

Desde esta perspectiva, la ciencia puede ser analizada y concebida como una experiencia, como una relación en la que el sujeto sale transformado; y es la práctica científica del siglo XIX la que constituye, al mismo tiempo y a la vez, al ser humano en objeto y en sujeto ideal del conocimiento. Génesis recíproca de sujeto y objeto. Experiencia colectiva que responde a una serie de reglas bien precisas e identificables en el curso de las cuales se construye tanto al sujeto cognoscente como al objeto conocido. Esto –lo hace explícito– se lo ve con mayor claridad en las ciencias nuevas, no suficientemente formalizadas, como en el caso de la psiquiatría en la cual es posible verificar, analizando las prácticas llevadas a cabo en el siglo XVIII, que:

[...] en el momento en que tomaba cuerpo el objeto “locura” se construía igualmente un sujeto apto para comprenderla. A la construcción del objeto locura correspondía la construcción de un sujeto racional que tenía el conocimiento de ella y la comprendía (1980:56).

En las sociedades occidentales, los seres humanos han realizado este tipo de experiencias: se engancharon y comprometieron en determinados procesos de conocimiento de un dominio de objetos, al mismo tiempo que se constituyeron a sí mismos en sujetos poseyendo un estatus fijo y determinado. En el proceso de conocimiento de la locura, se constituyeron en sujeto racional; al conocer la enfermedad en sujeto viviente; o con la economía, en sujeto que trabaja. El sujeto se engancha y se compromete a sí mismo al interior de su propio saber.

Las ciencias humanas lograron como experiencia cultural general “la constitución de una subjetividad nueva por medio de la operación

de reducción del sujeto humano a objeto de conocimiento” (1980:75). He ahí, entonces, el sentido mismo de la idea –un tanto confusa y simplificadora– de “la muerte del hombre”, con la cual cierra *Las palabras y las cosas* y que generó, en su tiempo, las opiniones más controvertidas.

Aparece como imprescindible resaltar que esa subjetividad nueva que emerge por la operación de reducción del ser humano a objeto de conocimiento, se halla enmarcada en un tiempo acotado, el tiempo de la vida, capaz de tejer una historia; de esta manera el sujeto se vuelve histórico, producto de la historia vivida y compartida, inmerso en el campo mismo de la historicidad.

La vida, lo vivo, no podrá jamás cruzar el límite infranqueable que le impone la muerte, que la signa y tiñe con la finitud. Sólo hay ser porque hay vida y cuerpo, y es la vida misma la que consagra al ser a la muerte, en tanto fuerza por siempre inextinguible. Los sujetos, los cuerpos subjetivizados, no serán, entonces, más que figuras transitorias.

Así las cosas, el modo de ser de la vida –sobre el que discurre la biología– le es dado al sujeto por su cuerpo; el modo de ser de la producción –discurso de la economía política– por el deseo; y el modo de ser del lenguaje por el tiempo que carga en sí misma la palabra, por la historia que las palabras hacen brillar en el instante en que se las pronuncia.

La finitud “está marcada por la espacialidad del cuerpo, por el hueco del deseo y por el tiempo del lenguaje” (1966:306). La muerte, que roe la existencia de lo vivo, es la misma que corroe mi cuerpo y el de los otros como sujetos; el deseo, que liga a los hombres en el proceso económico, es el mismo a partir del cual alguna cosa es deseable para mí y para los otros como sujetos; el tiempo, que sostiene a los lenguajes, es el mismo que me obliga a ingresar en la cadena hablada, que existe antes de mí y me continuará más allá de mi propia muerte y la de los otros.

En la cultura moderna, ha sido posible pensar al hombre porque lo finito nace de él y porque la muerte es certeza labrada en su cuerpo.

## Las técnicas de la gubernamentalidad: el gobierno de sí y de los otros

### *Las formas directas de constitución del sujeto: las técnicas de sí*

Resta aún adentrarse a las formas directas de constitución del ser humano en sujeto por medio de ciertas técnicas éticas: el trabajo del sujeto sobre sí mismo; y, al mismo tiempo, hacer referencia a los procesos de conformación del sujeto como parte integrante de un colectivo; es decir, las tecnologías políticas por las cuales los individuos son conducidos a reconocerse como pertenecientes y parte integrante de un todo –una sociedad, una Nación, un Estado.

Esta doble vía, el trabajo sobre sí y la integración a una entidad social, Foucault les dará el nombre, en términos muy amplios, de *gubernamentalidad o artes del gobierno*, ya que la palabra gobierno no sólo hace referencia a su forma política sino también a las formas que asume en relación con la familia y el sí mismo, ya que todo individuo está obligado a gobernarse a sí mismo. Multiplicidad de círculos de gobiernos interiores a la sociedad en su conjunto o al Estado, y es dentro de ellos que estas formas de gobierno hacen su aparición y se relacionan entre sí. De ahí el nombre de *gubernamentalidad*: las múltiples formas en que los sujetos son gobernados por otros y por sí mismos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Es imprescindible hacer notar que a partir del momento en que inicia su reflexión alrededor de la *gubernamentalidad*, y de la población como objeto privilegiado del ejercicio del poder desde una perspectiva que va más allá de sus reflexiones previas sobre el poder como una relación de fuerza bajo las prácticas de una anatomopolítica de los cuerpos, e inicia la vía de reflexión de otro tipo de tecnología, la denominada biopolítica, hace aparición, englobado bajo la noción de gubernamentalidad, el Estado, sus dispositivos e instituciones, que había dejado de lado, propositivamente, en la década de 1970, al discurrir alrededor del poder entendido como una relación de fuerza, y a la guerra como el elemento clave de su inteligibilidad. La cuestión del Estado y sus dispositivos de control y administración de las poblaciones pasa a formar parte obligada de su reflexión en su curso en el Collège de France de 1975-1976, *Defender la sociedad*; al igual que en el último capítulo “Derecho de muerte y poder sobre la vida” de *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*, publicado en 1976, en los cuales hará referencia explícita a otro tipo de tecnología de poder; no ya tan sólo a la anatomopolítica, sino también a las tecnologías biopolíticas, que se constituirán en objeto principal de análisis de sus cursos *Seguridad, territorio y población* de 1977-1978 y *Nacimiento de la biopolítica* de 1978-1979.

¿Cuáles son esas técnicas que hacen del sujeto el objeto de sí mismo como materia a formar, conformar, dirigir e interpretar? Procedimientos –diferentes en cada momento histórico y en cada sociedad– que en la modernidad condujeron al sujeto a observarse a sí mismo, analizarse, descifrarse y reconocerse como un dominio de saber posible: “la manera en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo en un juego de verdad con relación a sí”.

Esa relación del sujeto consigo mismo:

[...] no es simplemente “conciencia de sí”, sino constitución de sí mismo como “sujeto moral”, en que el individuo circunscribe la parte de sí que constituye el objeto de esa práctica moral, define su posición con relación al precepto que sigue, se fija un determinado modo de ser que valdrá como cumplimiento moral de sí, y para ello actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma (1984a:29).

En ese trabajo que el sujeto realiza sobre sí se vislumbran cuatro dimensiones: *una sustancia ética*, la parte de sí que el sujeto toma como materia a trabajar y modelar, aquello que problematiza por encima de cualquier otra cosa con el fin de transformarlo; los *modos de sujeción*, los motivos y razones por los cuales acepta o no las prohibiciones exigidas por las reglas morales y responde o no a las obligaciones que esas reglas le prescriben e imponen; el *trabajo ético*, la manera en que el sujeto, al tomar una parte de sí como objeto, la transforma, la modifica, modificándose en su ser, en sus actitudes, afectos y sensaciones. Y, finalmente, la *teleología*, la meta de su trabajo, aquello que el sujeto aspira cuando actúa moral y éticamente y que lo lleva a producir un nuevo modo de ser y de actuar (1984a:27-29).

Se produce, entonces, un controvertido diálogo –privado e interno– entre las demandas, exigencias, necesidades y deseos asumidos como propios con los códigos morales, las prescripciones y valores propuestos, prescritos e impuestos en el espacio y el tiempo en que el sujeto vive su propia experiencia. Una relación de fuerzas enfrentadas en su misma interioridad. Este trabajo ético se halla también cruzado por relaciones de poder, por normas y códigos que buscan imperar en el

sujeto. Subjetividad en conformación incesante que se debate entre la aceptación y la resistencia. Sólo en el fragor de la batalla los procesos de subjetivación tienen lugar, sin dejar de estar en constante e incesante transformación; sin llegar a ser jamás definitivos ni clausos.

El sí mismo de la normalidad, ese proceso de subjetiviación que toma forma en Occidente en los siglos XVIII y XIX, elabora como sustancia ética objeto privilegiado de su trabajo a la sexualidad, construida por medio de sofisticados discursos y mecanismos que transformaron el sexo en materia a conocer, descifrar e interpretar. En la sexualidad, según la economía discursiva de la época, se esconde la verdad misma del ser humano occidental, el secreto de su identidad y de su existencia.

Producción social de un dispositivo que conminó a los sujetos a hablar sin descanso de aquello en lo que late su verdad: la puesta en discurso de deseos y sensaciones, no con el fin de condenar o reprimir el sexo y la sexualidad sino de dirigirlos, regularlos y, muy especialmente, administrarlos. Esta serie de mecanismos buscaron reglamentar el sexo “mediante discursos útiles y públicos”.

La población fue el objeto privilegiado de este nuevo dispositivo. Se sabe que toda población posee un ritmo propio de crecimiento y morbilidad; de fecundidad y salud; de trabajo y producción; de vivienda y alimentación; de esta manera, el elemento que permitió controlar y regular esos ritmos no fue otro que el sexo, lo que posibilitó, a su vez, una administración eficiente de la reproducción social.

El sexo, entonces, se convirtió en el objetivo privilegiado de los procesos de normalización de las poblaciones, en un problema económico-político:

[...] la conducta sexual de la población es tomada como objeto de análisis y, a la vez, como blanco de intervención [...] tratan de convertir el comportamiento sexual de las parejas en una conducta económica y en una política concertada (1976).

Esta es la manera en que se imbrican y encabalgan las técnicas de sí con las tecnologías políticas del individuo. La sexualidad se constituye en campo privilegiado en el cual se ejerce “el poder sobre la vida” en

sus muy diversas formas, auxiliado por un conjunto de tecnologías: una anatomía política del cuerpo con sus prácticas divisorias; una serie indefinida de discursos producidos por la ciencia que van de la biología a la demografía; de la pedagogía a la psicología; de la psiquiatría al derecho penal; y, finalmente, una biopolítica dirigida a la población...

[El sexo] por un lado compete a las disciplinas del cuerpo: adiestramiento, intensificación y distribución de las fuerzas, ajuste y economía de las energías. Por otro, compete a la regulación de las poblaciones por los efectos globales que induce [...] Nos valemos de él como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones (1967).

### *Las tecnologías políticas. Otra forma de la gubernamentalidad*

A fines del siglo XVIII se empezaron a conformar un conjunto de nuevas técnicas y prácticas de sí, a través de las cuales el sexo se convirtió no sólo en centro de atención privilegiada del sujeto sino también en asunto de Estado: el sexo debía ser controlado y administrado.

Así, y por este camino, se ha arribado a las tecnologías políticas que trabajan hacia la conformación del ser humano en sujeto, desde un lugar diferente, de otra manera y con objetivos distintos, si bien en continua interrelación: interfieren unas en las otras, se sostienen entre sí, unas aseguran el funcionamiento de las otras, ya sea restringiendo la acción de alguna de ellas o bien incentivando la puesta en ejercicio de otras.

A partir de fines del siglo XVIII, la política estatal tomó como objeto y blanco la “vida” misma de su población, para constituir esta tarea en deber de Estado. Una nueva racionalidad política, una *Razón de Estado* inicia su constitución centrada fundamentalmente en el juego de la vida y de la muerte, apelando por el lado de la vida y de lo vivo. El ejercicio del poder biopolítico requirió del hacer de los dispositivos estatales; del uso “legítimo” de la violencia, y de la producción de discursos en búsqueda del consenso o, al menos, de la aceptación y consentimiento de la opinión pública y de amplias mayorías para conformar, ahora,

sujetos jurídicos, políticos y ciudadanos pertenecientes a una patria, a una nación que se forjaría con su esfuerzo.

Desde esta nueva racionalidad, el Estado se presenta como un orden de cosas a resguardar, y para este fin requiere de un saber concreto, preciso y medurado que indica las formas de acción imprescindibles para aumentar y desarrollar su potencia. He ahí un nuevo *arte de gobernar*, producción de políticas que buscan aumentar la fuerza y la potencia del Estado, por medio de la conducción y dirección de las acciones de los gobernados con el fin de sostener y aumentar esa potencia estatal.

El individuo sólo existirá para el Estado si sus acciones agregan –positivamente–, o restan –negativamente– en algo la potencia estatal; para ello será auxiliado por una técnica, que Foucault denomina *policía* –en un sentido muy preciso y que escapa, en cierta forma, a nuestra concepción actual.

La *policía* hace referencia a las prácticas que dan forma concreta a esta nueva racionalidad política por medio de una nueva tecnología de poder que quiere integrar al individuo a la totalidad social, a fin de asegurar la coexistencia de los sujetos pertenecientes a una población y que habitan un mismo territorio que han de sentir como propio, como parte de sí; asegurar también el control y la regulación de lo que producen, de lo que intercambian... administrar las formas y maneras en que viven y se relacionan; al igual que prevenir las enfermedades y accidentes a los que están expuestos. El cuerpo –ya subjetivizado– se constituye, por lo tanto, en el verdadero objeto de la policía (1982).

El gobierno controla, administra y regula a los sujetos en relación con su estatus jurídico –siguen siendo sujetos de la ley como en los regímenes anteriores aun de la sociedad disciplinaria– pero también, y muy especialmente, en tanto seres vivos que trabajan, comercian, actúan, hablan y mantienen relaciones entre sí. La vida, entonces, será el objeto privilegiado de esta nueva tecnología de poder.

El Estado asumirá dos tipos de tareas imprescindibles y exigidas por su *Razón* de ser: las tareas positivas que buscan aumentar permanentemente su fuerza y potencialidad, y para ello impone prácticas concretas a sus ciudadanos tendientes a consolidar la vida cívica, incidiendo en sus comportamientos. Y las negativas, que intentan detener todo aquello capaz de atentar contra esa potencia: sea

al enemigo externo oponiendo la fuerza de las armas; sea al enemigo interno aplicando la fuerza de la ley.

El Estado va a ejercer su poder sobre la población, sobre seres vivos en tanto que vivos, y “su política, en consecuencia, es necesariamente una biopolítica”. Cuidará de ellos, pero su objetivo jamás será el interés mismo de la población, sino su propia fuerza y potencialidad. De ahí que sea claro y evidente que “el Estado puede, si le es necesario, masacrar a la población. La tanatopolítica es la otra cara de la biopolítica” –afirmará Foucault sin la menor vacilación (1988).

Las técnicas divisorias continuarán su tarea implacable de separar y dividir los cuerpos, establecerán nuevas cesuras que serán ahora de tipo biológico; he ahí el papel que desempeña el racismo, cuya primera función es fragmentar, hacer cortes dentro de ese *continuum* biológico sobre el que se centra el biopoder. El surgimiento de este tipo de ejercicio del poder inscribió al racismo en los mecanismos de Estado, de tal manera que –afirmará– prácticamente no hay Estado moderno en cuyo funcionamiento, en cierto momento, con ciertos límites y bajo ciertas condiciones, el racismo no haga en él su aparición (1997:230). Será por medio de este mecanismo que podrá ejercer el poder de la muerte, en tanto poder que se centra, fundamentalmente, en la vida.

### La enunciación y el sujeto ético y político

Una última cuestión. Interesa rescatar la relación del sujeto con su decir, con aquello que dice y afirma en su existencia cotidiana, en su interrelación con los otros y con el mundo que lo rodea. Relación estrecha e íntima del sí mismo con aquello que dice y enuncia si bien no es ni su autor ni su fundador, pero asume o que dice como propio, cual si fuese su autor y, en ese asumirse como tal, enuncia su propia verdad.

El sujeto –una singularidad somática atravesada por la historia; trabajada por las múltiples tecnologías de poder y también por sí mismo; ubicada en un espacio y en un tiempo con otros con quienes comparte una misma experiencia– habla y, al hablar, sostiene como propio un decir. Y la pregunta surge: ¿cómo hace propia la palabra

ajena, los enunciados que ya existen, que se repiten y prosperan? Sujeto enunciante, entonces, que habla y dice, y en el mismo acto de decir, acepta y asume ciertos enunciados que le son propuestos como si fuesen *su propia ley*. En el acto mismo de la enunciación le es asignada una *posición* en relación con el orden y las reglas que rigen el discurso en el tiempo y el espacio en que realiza su formulación. *Posición subjetiva* por la que deviene sujeto de su propia formulación, enunciada en presente sin que los momentos anteriores de ese enunciado ni las operaciones previas de su uso, se pierdan o se diluyan, le pertenecen también “por derecho propio al sujeto enunciante” (1969:153-160).

Cada vez que hablamos, se esconde entre los pliegues de la palabra emitida, una posición subjetiva –aunque no psicológica en sentido estricto– y también un peligro. Posición subjetiva que no es otra cosa que la relación estrecha y obligada entre el enunciado y el sujeto que lo enuncia; las dependencias y sumisiones que entrelazan lo que se dice con aquel que lo dice y habla. Peligro, en tanto la enunciación de ciertos enunciados denuncia al sujeto, a tal punto que podrán aplicársele procedimientos de exclusión y mecanismos de rechazo si lo que formula son enunciados inasimilables (1971a:44-55).

Hablar abre siempre –al sujeto histórico y concreto– una posibilidad de *riesgo* (2008:77-89), un campo de peligros no determinados. Hay riesgo siempre que en una escena pública el sujeto compromete lo que piensa en lo que dice y da testimonio de la verdad de lo que piensa en la enunciación de lo que dice. Pacto consigo mismo y, también, desafío.

Acto de enunciación, en este caso, por medio del cual –implícita o explícitamente– el sujeto se liga al enunciado que acaba de emitir, y, asimismo, a su propia enunciación. “Sí, soy yo quien dice esto y lo sostengo como mi propia ley y mi verdad”. Acto de valentía de un sujeto ético, ya que ese acto puede entrañar consecuencias –a veces muy costosas– para quien lo haya proferido.

El decir veraz le abre al locutor un espacio de riesgo, se halla expuesto a pagar un cierto precio por lo enunciado. Y el locutor –en tanto sujeto ético– acepta correr el riesgo de decir “su” verdad, el riesgo que podría llevarlo a poner en peligro su propia vida o su libertad.

Para analizar el discurso desde esta perspectiva, desde el valor y la valentía de decir, Foucault propone, más que una pragmática del

discurso, una *dramática*: “el análisis de los hechos discursivos que muestran de qué manera el acontecimiento mismo de la enunciación puede afectar el ser del enunciador”. Su posición subjetiva es, por lo tanto, una postura ética y sin duda alguna una postura política.

\*\*\*

Las tecnologías que transforman al ser humano en sujeto en Occidente, desde la modernidad, continúan funcionando; lo hacen ya al unísono, ya con desfases de tiempo; con mecanismos más o menos diferentes conforme los diferentes espacios geopolíticos en que se conforma la cartografía del mundo. En ciertos momentos y por ciertos acontecimientos concretos la incidencia de alguna de las tecnologías es preferente a la de otras; es posible que la aplicación de algunas de esas tecnologías exijan y promuevan transformaciones, desplazamientos, o bien nuevas formas en el funcionamiento y en la aplicación de otras. Todas son, a su vez, tributarias de los procesos económicos, sociales, culturales y técnicos del espacio y del tiempo en que se aplican.

Y las escisiones y cesuras persisten e insisten en nuestra actualidad, repiten ciertas formas o bien producen formas inéditas, y producen residuos cada vez mayores de cuerpos inasimilables, cuerpos abyectos, cuerpos que no importan...

Las técnicas políticas, a su vez, se aplican cada vez con mayor ahínco a sus tareas negativas, a detener y someter al *enemigo* interno y externo que, en el mundo globalizado de hoy, se yuxtaponen y confunden. Los discursos de las disciplinas científicas, en especial los discursos biológicos, médicos y tecnológicos prescriben formas de vida que ritman –de otra forma, de otra manera– el cuerpo, el tiempo, la palabra y el deseo de los sujetos, y exige un trabajo sobre sí mismo, aún no demasiado claro, no claramente enunciado. Una nueva forma de subjetivación está haciendo su aparición.

## Bibliografía

- Foucault, Michel (1954). “Introduction”, en Binswanger, Ludwig, *Le Rêve et l'Existence*, en *Dits et Écrits*, t. I, pp. 65-120.
- (1961). *Historia de la locura en la época clásica*, 2 tomos, México: Fondo de Cultura Económica, 1976 (trad. J.J. Utrilla).
- (1963). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México: Siglo XXI Editores, 1985 (trad. F. Perujo).
- (1966a). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI Editores, 1984 (trad. Elsa Cecilia Frost).
- (1966b). “Le Corps Utopique”, en *Le Corps utopique, les Hétérotopies*, París: Nouvelle Editions Lignes, 2009.
- (1969). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI Editores, 1979 (trad. A. Garzón del Camino).
- (1971a). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquest, 1983 (trad. A. González Troyano).
- (1971b). “Nietzsche, la généalogie, l'histoire”, en *Dits et Écrits*, t. II, pp. 136-156.
- (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores, 1978 (trad. A. Garzón del Camino).
- (1976). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores, 1977 (trad. Ulises Guinazú).
- (1978). “La gouvernementalité”, en *Dits et Écrits*, t. III, pp. 635-656.
- (1980). “Entrevista con Michel Foucault” (Trombadori), en *Dits et Écrits*, t. IV, pp. 41-95.
- (1982). “Le sujet et le pouvoir”, en *Dits et Écrits*, t. IV, pp. 270-285.
- (1984a). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI Editores, 1986 (trad. M. Soler).
- (1984b). *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*. México: Siglo XXI Editores, 1987 (trad. T. Segovia).
- (1984c). “What is Enlightenment? (Qu'est-ce que les Lumières?)”, en *Dits et Écrits*, t. IV, pp. 562-578.
- (1984d). “Foucault”, en *Dits et Écrits*, t. IV, p. 633.
- (1984e). “L'étiologie du souci de soi comme pratique de la liberté”, en *Dits et Écrits*, t. IV, p. 719.
- (1988). “The Political Technologie of Individuals (La technologie politique des individus)”, en *Dits et Écrits*, t. IV, pp. 813-828.
- (1994). *Dits et Écrits 1954-1988*, 4 tomos, París: nrf Gallimard.

- (1997). *Es necesario defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000 (trad. H. Pons).
- (1999). *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000 (trad. H. Pons).
- (2001). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002 (trad. H. Pons).
- (2003). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005 (trad. H. Pons).
- (2004a). *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006 (trad. H. Pons).
- (2004b). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-79)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007 (trad. H. Pons).
- (2008). *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France (1982-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009 (trad. H. Pons).
- (2009). *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France (1983-1984)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010 (trad. H. Pons).
- (2011). *Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso en el Collège de France (1970-1971)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011 (trad. H. Pons).
- (2012). *Du gouvernement des vivants. Cours au Collège de France. 1979-1980*. París: Gallimard/Seuil.
- (2013). *La société punitive. Cours au Collège de France. 1972-1973*, París: Gallimard/Seuil.
- (2014). *Subjectivité et vérité. Cours au Collège de France. 1980-1981*. París, Gallimard/Seuil.

## Otros autores

- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós (trad. A. Bixio).